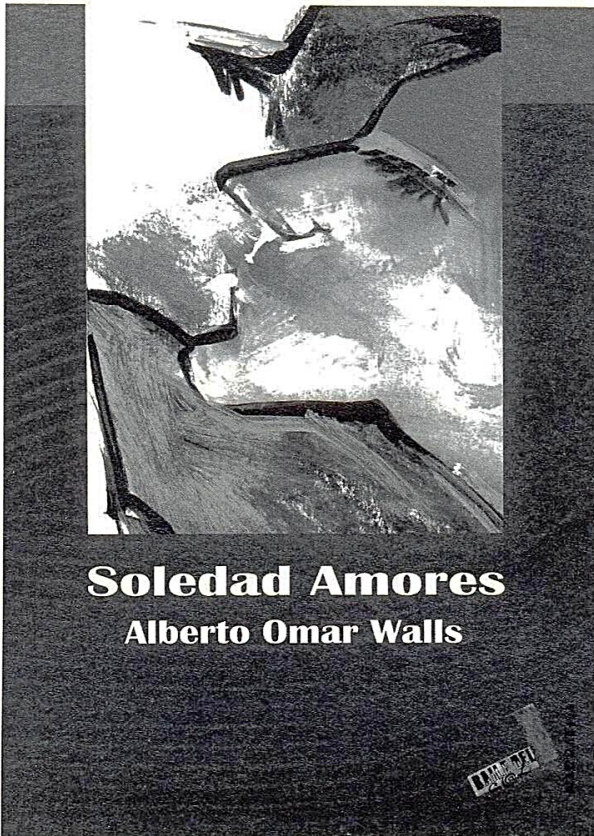


DE LA SOLEDAD Y LOS AMORES

LIBROS

MASAKI HATOMI



Soledad Amores (Ed. Baile del Sol, 2003) es, ante todo, una novela de psicologías y conductas humanas. El complejo y delicado conjunto de los orígenes y causas del comportamiento social se recopilan en estas páginas en las que el lector, siempre amante de verse reflejado, comparte la esencia del argumento de esta obra: el derecho a una segunda

oportunidad, a un esperanzador renacer. Pero para resurgir como ser nuevo, primero es necesario encontrarse. Es en esa búsqueda, aparentemente interminable, en la que los personajes de Alberto Omar Walls (Santa Cruz de Tenerife, 1943) sobreviven a las más confusas y dolorosas situaciones en donde la duda se presenta como el siempre hostil e insidioso antagonista.

Tal vez *Soledad Amores* no sea el libro que represente mejor el marcado experimentalismo con el que se suele asociar a Alberto Omar —cómplice del llamado *boom* de la narrativa canaria que estremeció el ámbito literario en la década de los setenta—, sin embargo, la estructura de esta novela no deja de ser sorprendente. Siendo una novela compuesta de cuatro partes, es preciso hacer hincapié en la segunda, pues en ella se presentan innumerables testimonios que se combinan formando un mosaico en el que cada pieza representa una confesión, un pequeño relato íntimo. Entonces el lector se da cuenta en que la belleza de esta sección se puede realzar unificando todas esas diminutas voces y admirando la polifónica evolución de estos personajes en un tortuoso éxodo hacia la verdad; una verdad que el miedo suele esconder. Esta es una sa-

bia maniobra en la que el autor consigue igualar el peso de toda mente frustrada; de las angustias, del perdón, de la soledad y los amores.

Amores idealizados que, como suele ocurrir con todos los ideales inalcanzables, uno mismo traiciona, y su inverso, las traiciones que alumbran amores ideales, se ofrecen aquí revelando la predisposición del autor de agrupar, en términos ambivalentes, situaciones opuestas y esquivar así los prejuicios y vicios mentales de esta sociedad. Es una postura con reflejos, digamos, taoístas en la que Omar se ha mantenido con absoluta fidelidad. Por eso, en *Soledad Amores*, aflora la fragancia de una libertad cercana, asequible sólo para aquellos que sacrifican su pasado —hasta entonces su único y confundido yo— y se alimentan de la fe; para los valientes.

Es, sin duda, un ejercicio de escudriñamiento de nuestra sociedad. Un tratado psicológico en el que se pretende representar todo aquello que hace de la mente un universo altamente vulnerable pero, al mismo tiempo, hermoso. El poder de las relaciones entre humanos, que no son más que la sempiterna búsqueda de amparo, queda reflejado en esta obra como un manifiesto de esa autoimpuesta debilidad del hombre temeroso de la soledad.

La novela se cierra, al igual que lo hace *La canción del morrocoyo* (1972), en un cierto jolgorio rebosante de optimismo. Es realmente aquí en donde Omar pone su sello característico haciendo intervenir el misticismo aleccionador, penetrante y, a su vez, dotado de una sutileza filosófica. Finalmente se pone en balanza las laberínticas relaciones espirituales entre los personajes que constituyen la colmena de *Soledad Amores* y, como desenlace, un misterioso, alentador y literal desdoblamiento de algunos que logran separarse de sus pasados y de sus angustias. Consiguen ese ansiado renacer.

En esta novela, las casualidades —como diría Voltaire— no son ni pueden ser sino la causa ignorada de un efecto desconocido. Omar maneja esta condición a la perfección y así establece que los destinos de sus personajes, por tan independientes que parezcan, se entrecrucen cargándolos de emotividad en las pasiones y en las relaciones amistosas que mantienen de pie a la frágil existencia humana. Es por eso que se puede aprender a amar en silencio, en el dolor y la soledad. Quizás sea esa la quintaesencia del amor, tan delicada que, casi por costumbre, solemos rechazarla o sencillamente deshacerla.

Recorrer las páginas de *Soledad Amores* es como pasear por las cámaras de una gran galería en donde se expone una magnífica colección variopinta de la esencia humana. Se abren, pues, las puertas a una serie de intimidades que delatan el pasado; aquel que continuamente acecha a su dueño. La integración de múltiples personalidades, de pasados y orígenes diversos, son los materiales artísticos con los que se engendran las confesiones que matizan los bocetos de la felicidad y los lienzos, teñidas de un generoso y sugestivo erotismo, y que se exhiben aquí junto a una exquisita veracidad y heterogénea mezcla de pensamientos con las que Alberto Omar nunca deja de jugar.

